

BIBLIOTECA DE TEOSOFIA Y ORIENTALISMO

EL EVANGELIO

DEL

TAO

(Del libro sagrado TAO TÊ CHING)

TRADUCCION

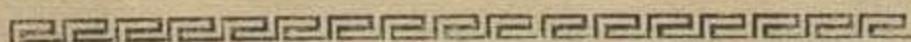
- DE -

PEDRO GUIRAO ..



Editorial B. BAUZÁ
Aribau, 175 a 179
Barcelona





INTRODUCCION

El Tao Té Ching es el libro sagrado del Taoísmo; el que contiene las divinas enseñanzas de Lieh Tzu. Este filósofo chino vivió en el siglo VII, según unos, y en el siglo VI, según otros, antes de J. C., siendo considerado desde tiempo inmemorial como el fundador de la doctrina del *Tao*, si bien algunos autores le consideran como un mero expositor de la misma. También es conocido con el nombre de Lao Tseu.

—Pero ¿qué es eso de la doctrina del *Tao*?
—preguntará el lector. Dificilísimo resulta con-

testar con exactitud a esa pregunta, pero resulta fácil contestarla de un modo aproximado. *Tao* significa literalmente *camino*, pero se toma aquí esa palabra en un sentido bastante metafórico que intentaré explicar.

Admite Lieh Tzu, como todos los filósofos idealistas, que el mundo en que vivimos es irreal, es decir, que no tiene más realidad que la del argumento de una novela. Los múltiples acontecimientos de nuestra vida forman un espeso tejido de ilusiones que aprisionan nuestra alma y nuestra inteligencia, haciéndonos creer en la realidad de toda esa fantasmagoría. Los hechos de la vida no son sino una sucesión de sombras, como las que nos dan la ilusión de los personajes y escenas de una pantalla cinematográfica.

Esa ilusión de las cosas está originada por la noción de la pluralidad, es decir, del número. Lao Tzu admite con Pitágoras que los números constituyen la esencia y el origen de nuestro mundo de cosas fantasmagóricas. Si no pudiésemos concebir las cosas como separadas, distintas y coexistentes, nuestra concepción del Universo material desaparecería como por encanto.

Platón argumenta en favor de la irrealidad del Universo en la siguiente forma:

¿Cómo formulamos los juicios de existencia de las cosas? Diciendo sencillamente «esto existe», «esto tiene ser». Pero en todo juicio afirmativo, el predicado no agota la comprensión del sujeto, es decir, el ser o existencia que se afirma del sujeto en el predicado no es más que una participación del Ser, cabiendo otras participaciones en otros objetos. Como son múltiples las cosas a que atribuimos ser, ese ser que les atribuimos es algo así como un destello, el resultado de un reparto. De la misma manera que las cosas iluminadas tienen luz, pero no son la Luz, análogamente, las cosas existentes tienen ser, pero no son el Ser. Pero, como tampoco son el No-Ser, puesto que existen ilusoriamente, son algo intermedio entre el Ser y el No-Ser.

La multiplicidad lleva, pues, aparejada la ilusión y la irrealidad. Mientras concebamos las cosas múltiples, nuestro espíritu estará sumergido en un mundo de sombras fantasmagóricas.

¿Existe el Ser? Sin duda alguna, ya que del Ser es de donde sacan las cosas materiales la ilusión de existencia con que se nos

manifiestan. Pero ¿podemos conocerlo? Eso ya es cosa más difícil, por no decir imposible. Nuestra inteligencia trabaja y opera a base de la distinción entre sujeto y predicado, es decir, a base de la noción de multiplicidad, con lo cual, la falsedad y la ilusión se introduce necesariamente en la trama de nuestro pensamiento.

No podemos alcanzar el Ser, pero podemos aproximarnos a él. La mera existencia de esa divina ciencia llamada Filosofía, ya indica que podemos rasgar la supuesta realidad del Universo y remontarnos hacia los inaccesibles caminos del Ser. Una tal penosa marcha nos puede hacer vislumbrar algo de lo que es el Ser, aunque no nos pueda hacer conocer a este en su verdadera naturaleza. Y aún dado el caso de que lográsemos ponernos en contacto con el Ser, no por eso conseguiríamos llegar a la meta de nuestros afanes, puesto que la noción de número subsistiría en toda su integridad, ya que este Ser total y absoluto estaría representado por el número Uno, por la unidad. El ser concreto y manifestado no es todavía la última realidad, sinó algo así como un lejano recodo de la ruta. La última realidad está constituida por el Ser potencial

y no manifestado, por algo tan inaccesible, que nunca podrá ser ni vislumbrado siquiera.

Tal es la ciencia de la ruta sin fin, la ciencia del Gran Camino, la ciencia del Tao.

*
* *

Como puede apreciar el culto lector, esas teorías metafísicas de Lieh Tzu no tienen una gran originalidad. Lieh Tzu no hizo sinó exponer con ligeras variantes las teorías gnóstico-panteistas de los egipcios y de los brahmanes. El que estudie a fondo la historia de la filosofía, se percatará pronto de que en el escenario de la lucha de las ideas no ha habido más que dos personajes de relieve: el panteísmo gnóstico y un antropomorfismo más o menos disfrazado.

Esas dos grandes concepciones han dado origen a dos sistemas morales de caracteres opues-

tos: la moral de la acción y del deber, es decir, de la conducta sujeta a una regla, y la moral de la inacción mística, o sea, de la conducta que tiende a anular la personalidad y la engañosa multiplicidad de las cosas. Probablemente la segunda moral es más sólida, pero la primera es más útil.

Lieh Tzu, como todos los idealistas gnósticos, sigue la moral de la inacción, que tiene por fundamento la desaparición de todo deseo para llegar a la anulación de la propia personalidad. Se intenta así destruir la ilusión de las cosas singulares existentes y conseguir la fusión del alma individual con lo Absoluto, es decir, provocar una aceleración en el proceso de vuelta de las cosas creadas al principio innominado de donde proceden.

A este respecto es muy interesante aquella narración del capítulo I en la que se cuenta como Lung Shu fué a ver al médico Wen Chih al objeto de que le curara una enfermedad mental que padecía. Dicha enfermedad consistía en una indiferencia general por todas las cosas de la vida: amigos, familia, patria, intereses personales, etc. El médico le examinó y contestóle:—Esto que consideras como una enfermedad, no es sinó ilu-

minación divina. No puedo ni debo curarte.

El que de tal manera llega a un grado elevado de lucidez, adquiere poder extraordinario sobre la Naturaleza. Lieh Tzu coincide en este punto con las enseñanzas de la filosofía *yoga*. Aquel que coloca su vida en ese plano de superior realidad, no ve sus actos impedidos por obstáculos materiales que para él carecen de realidad.

En una de las narraciones del capítulo I se cuenta como, al ir Lao Ch'eng Tzu a aprender magia del venerable Yin Wen, dijo éste:—Sólo quien sepa que la vida es realmente ilusión y que la muerte es realmente evolución, ha de venir a aprender magia de mí.

Y en otra narración del mismo capítulo, se cuenta como un hombre salió de entre las llamas de una inmensa hoguera sin mostrar la menor quemadura y se abrió luego paso a través de unas rocas. Preguntado cómo se podía abrir paso a través de tales obstáculos, contestó ingenuamente:—Es que yo no sé ni lo que es el fuego, ni lo que son las rocas.

Pero téngase presente que el fin de una tal conducta de inacción y renunciamiento, no es el obtener ese poder sobrehumano, sino acelerar el retorno de las cosas determinadas a

su indeterminado origen. Este es el único deber moral, y tan ajeno a él se encuentra la crueldad, como el amor y caridad hacia nuestros semejantes. El hombre superior se refugia en una absoluta amoralidad y deja los preceptos morales para los profanos y para los iniciados que no han llegado aún a profundizar en los secretos de la gnosis. Puesto que todo es ilusión, el bien que podemos realizar en favor de alguien, es sólo un bien ilusorio..

*

* *

La autenticidad del *Tao Té Ching* es bastante discutida. Probablemente no fué escrito este libro por Lieh Tzu, sino por sus discípulos. Hay una porción de predicaciones que se citan como pronunciadas por él, indicando claramente que no es él quien las escribe.

Hay también una porción de narraciones de un pronunciado sabor confucianista. Probablemente, el *Tao Tê Ching* es, como la mayor parte de los libros sagrados y heróicos, producto de una mescolanza.

No obstante, esas sospechas referentes a la autenticidad del *Tao Tê Ching* no quitan mérito a este libro, sino que más bien lo realzan, porque le dan un valor más representativo de lo que era la conciencia religiosa, moral y política de China, en el siglo VII antes de Jesucristo.

*
* *

Hay en el *Tao Tê Ching*, una porción de finísimas observaciones que desde el punto de vista psicológico, constituyen verdaderas maravillas. Aquella del capítulo II en que se cuenta como aquel ladrón que robaba en pleno

mercado, al ser preguntado cómo se atrevía a robar en medio de tanta gente, contestó: —Es que cuando yo robaba, no veía a nadie; veía el oro y nada más que el oro.

Merece también citarse aquella otra del mismo capítulo en que un hombre que había perdido su hacha, sospechó se la había robado el hijo de su vecino y, observando los gestos de ese muchacho, se afirmaba cada vez más en su idea, ya que en cada gesto del muchacho notaba un nuevo signo delator de la culpabilidad de éste. Hasta que por fin, habiendo encontrado el hacha, encontró ya perfectamente inocentes y naturales los mismos gestos del muchacho que le habían parecido antes tan sospechosos.

Y en otra anécdota del mismo capítulo hace una aguda observación que muchos siglos después hizo Voltaire. Y es que, celebrando T'ien un banquete, se le ocurrió dar las gracias al Todopoderoso por haber creado el mundo con sus animales y plantas en provecho del hombre. Y un muchacho que allí había, le replicó entonces:—Te equivocas, señor; todas las criaturas vivientes, tienen la misma categoría que nosotros, y sólo su tamaño, fuerza o astucia, hace que unas se impongan a otras.

Ninguna nace para servir a los demás. El hombre caza a las que cree le sirven de alimento, pero ¿cómo vamos a saber si Dios las creó para esto? Los mosquitos chupan la sangre del hombre, y los lobos y tigres devoran su carne, pero no pensaremos que Dios creó al hombre para ser pasto de esos animales.

*
* *

En cuestiones políticas se exponen ideas de la más pura y elevada democracia. El Estado no puede compararse a un rebaño cuyos pastores sean los principes, sinó a una maquinaria, en que unas ruedas hacen juego con las otras; en los gobernados residen los conocimientos técnicos, y en los gobernantes, el poder. La armonía social resulta de la perfecta fusión de ambos elementos, pero tenien-

do siempre en cuenta que el papel de los gobernantes estriba esencialmente en servir a los gobernados.

*
* *

Finalmente, en lo que afecta a cuestiones científicas, tiene el *Tao Tê Ching* un valor inapreciable, puesto que nos hace vislumbrar en la sociedad china, de aquella época una porción de adelantos que nos asombran. En la primera narración del capítulo VII se cuenta como un artífice construyó un autómeta que se confundía con un hombre de carne y hueso, y como eso quitó prestigio a dos sabios que habían construído: el uno, una escala para llegar al cielo, y el otro un gavián. Dése al asunto las vueltas que se le quieran dar y póngase en tela de juicio la veracidad del relato,

siempre resultará que en aquella época había por lo menos la idea concreta de la construcción de un pájaro mecánico, que probablemente fué construído y lanzado a volar por los espacios.

Difícilmente se encontrará en la historia de la literatura oriental un libro que supere en interés al *Tao Tê Ching*. Por esto encabeizamos con él esta biblioteca.

PEDRO GUIRAO